

# Vivir la muerte-Bastienne Schmidt

◆  
ELENA PONIATOWSKA

**E**n Grecia, una niña camina de la mano de su padre, arqueólogo. Él recoge tepalcates; ella, la niña, Bastienne Schmidt, recoge fragmentos de paisaje, escenas de tierra y polvo al tamaño de su entendimiento. La niña es alemana de nacimiento pero su espíritu es griego, su formación griega, su pensamiento griego. En su alma, las dos culturas se vuelven antagónicas, las observa y las juzga. De pronto ese padre tan amado, ese humanista inclinado sobre los hallazgos de la única civilización que nos ha hecho dioses enferma de leucemia. Si su enfermedad y su muerte son devastadoras, Bastienne y sus cuatro hermanos se unen para cuidarlo y contra la muerte inventan sus propios rituales.

Esto fue hace ocho años.

Después de la muerte de su padre, Bastienne lo busca.

Reinicia su vida. Sola. La gente siempre dice: la vida tiene que seguir.

Bastienne encuentra a su padre sorpresivamente en otras muertes.

En Estados Unidos (América como la llama Bastienne), por una pura casualidad, la invitan a Perú. Nunca imaginaron el bien que le harían. El descubrimiento de América Latina a través de Perú es una revelación. Bastienne entra en contacto con una cultura mucho más fuerte en sus sentimientos que lo que ella —europea al fin, cartesiana al fin, civilizada al fin— puede reivindicar. Confrontar la muerte de los otros, los más desconocidos, los más pobres, con su propia muerte, es decir, con la de su padre, es una manera de situarla dentro del tiempo y dentro del espacio, darle su lugar, devolverla a su sitio. La muerte es parte de la vida, a veces ni siquiera es su culminación, simplemente es, nadie tiene por qué vivir en función de su muerte, nadie sabe lo que hará en el momento de morir, nadie tiene ganada su propia muerte, “une belle mort” como la llaman los franceses que se refieren sobre todo a hechos militares. La muerte llega y ya y hay que tomarla así. A partir del momento en que Bastienne Schmidt se da cuenta de que la muerte es un hecho común y corriente

decide hacer un libro sobre ella y ésta se vuelve su forma de llorar a su padre.

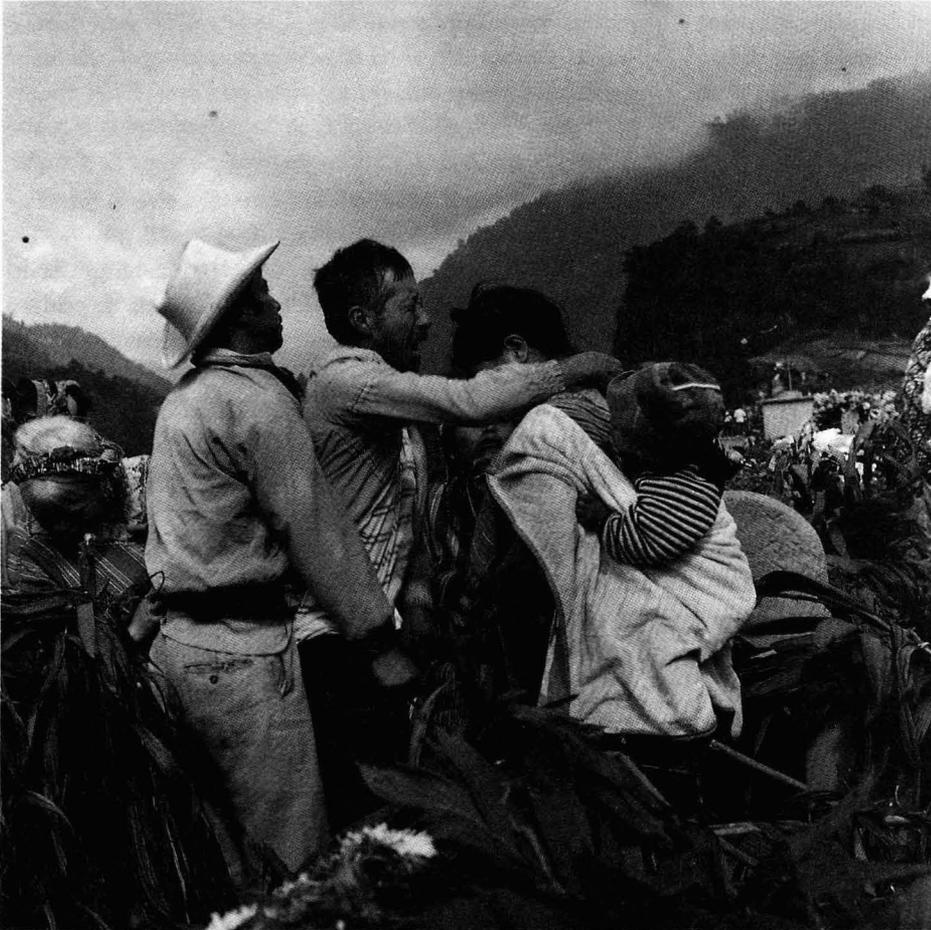
El sentimiento de pérdida es también una búsqueda del amor. Todos los que hemos vivido la experiencia de perder a un ser amado, sabemos que la mayor desesperación es la del amor perdido.

Colombia es el segundo destino de Bastienne Schmidt. Allí confronta su más dura experiencia, la más brutal porque ve el lado físico más crudo de la muerte, el de las morgues, el de los cementerios, el de la muerte pobre en los barrios más abandonados, el de las salas de hospital en el que la muerte es un trámite más y no una tragedia: todos esperan cama y al muerto hay que tirarlo por la ventana; la muerte, entonces, es carne sin disfraz, sin pudor, nuestra carne humana que va sorrajándose, estallando, reventándose, volviendo a la putrefacción, al miasma, a la célula.

Verlo, para Bastienne, resulta muy difícil porque los europeos ligan la muerte al pudor, la ven de lejos, la tratan con pinzas, ponen un velo negro entre la materia que se corrompe y la persona. Seguramente, Bastienne sintió que debía forzarse a ver, forzar su cuerpo y su mente a respirar a través del túnel carnal, las tripas, los órganos, los cadáveres con su número escrito en la pierna con grandes letras. Los vericuetos de la muerte eran de linfa y de saliva, de grasa y de sangre. Bastienne los recorrió un poco como zombi, como si caminara dormida a través de mundos que jamás, ni en la peor de sus pesadillas, sospechó.

Viajó entonces a México para presenciar el Día de Muertos en Pátzcuaro, el 1 y el 2 de noviembre. La idea de que los muertos regresan a visitar a los vivos durante dos días la consoló como nos hace fuertes a los mexicanos hace cinco mil años, antes de que vinieran los blancos a conquistarnos. El regreso de los muertos, la familiaridad entre vivos y muertos resultó un concepto nuevo para ella, una idea que le brinda esperanza y por qué no, le da confianza. También a ella la fortalece pensar que su padre, el arqueólogo enamorado de

Grecia, pudiera descender y sentarse en una de las tumbas a compartir con su hija bien amada y tomarla nuevamente de la mano para caminar sobre la tierra del camposanto. Pasarse toda la noche en el cementerio y ofrecerle su comida favorita al difunto, su cerveza o su chocolate caliente, sus flores amarillas y su calavera de azúcar con su nombre en la frente es un gran alivio después de tanta búsqueda. Cerca del lago de Pátzcuaro, Bastienne ve a mexicanos levantar en el cielo una red de pescadores llena de flores para señalarles a los muertos el camino a seguir para descender desde el cielo a los lugares vivos donde se les recibirá y dará de comer todo lo que les gustó sobre la tierra.



Bastienne Schmidt, *Vivir la muerte*, Zunil, Guatemala, 1993

Cada sitio la lleva a otro. Bastienne viaja a Guatemala, a Cuba, a Brasil y no sólo se le graban las fotografías que toma, las imágenes captadas por su lente, sino los gestos de la comunidad, sus costumbres redentoras, sus oraciones, sus brindis, sus "Salud", su manera de tocar a sus muertos, de llorar, de reír, de abrazarse, de comer juntos, de emborracharse en torno a la tumba que les sirve de mesa. Eso es lo bueno de la fotografía y por eso mismo es un arte: lo que sugiere, lo que traspone. No es sólo la toma, es también su significado: todas esas imágenes son ahora las que alimentan a Bastienne Schmidt, conforman su mundo interior, así como los gusanos bajo tierra

se alimentan del cuerpo humano. Al aceptarlo, Bastienne se da cuenta de que por fin en ella, la vida y la muerte se reconcilian, viven juntas, vida y muerte, muerte y vida, mientras que antes, en su propia cultura occidental, vida y muerte vivían y morían separadas.

Han sido cinco largos años y la búsqueda aún no termina ni terminará nunca. En el rostro de la muerte, Bastienne descubrió el mejor rostro de los hombres, aquel que con toda sencillez acepta que ser hombre es ser corruptible, pasajero, circunstancial. Quienes hacen que la muerte sea parte de la vida son sabios y, mejor que nadie, los pueblos indios saben que sólo estamos sobre la tierra de paso, que sólo venimos un

ratito, que nuestra vida es otra y nos espera más allá en un lugar en lo alto, quizá entre las nubes o más allá de las nubes.

Las fotografías de Bastienne Schmidt también encaran a la muerte. Si algunas son muy crudas y nos muestran la peste y la descomposición, otras nos regalan un momento de gracia al darnos a las niñas-ángeles coronadas de perlas que mitigan el dolor del padre de familia que en México grita frente a su muerte. Afortunadamente los rituales todavía existen y en cierta forma allanan la experiencia y funcionan como guías. En América Latina, la muerte por violencia es cotidiana y de tanto repetirse se vuelve tolerable. Frente a la muerte, la fotografía es prueba de vida; sin embargo, se considera macabro y de muy mal gusto tomar fotografías de muerte. Nadie entiende, por ejemplo, cómo Tina Modotti pudo tener el valor de sacar una fotografía del rostro de su amante Julio Antonio Mella en su cajón de muertos. Bastienne Schmidt vivió ella misma esta situación al

enfrentar la muerte de su padre. Sentía un deseo urgente, una ansiedad de registrar cada momento y conservar hasta el final todas las memorias compartidas pero sabía que era imposible hacerlo. La fotografía, en ese sentido, es ilusión y prueba de realidad pero es también intrusión y en ciertas circunstancias equivale a una violación, a la más alta traición. Al no poder retratar a su padre, Bastienne retrataría otras muertes más humildes, más anónimas. Nótese que entre todos sus muertos, todos absolutamente, son muertos pobres, aquellos que ni alcanzan campo santo, aquella carne de cañón que acaba irremediabilmente en la fosa común, confundidos

cráneos y esqueletos, huesos sobre huesos así como se dice piedra sobre piedra. Las únicas fotos abstractas, las únicas que no escurren sangre y linfa son las que se cuadriculan matemáticamente en quién sabe cuántos cajones de cemento que llevan los números 581, 582 (y que en México llamamos criptas), y a veces se distinguen con nombre y apellido y otras con alguna fecha: Concepción Ramírez, Blanca O. Bejarana, 14 julio 1987, y que nos tranquilizan más que las cruces de secuestrados y asesinados que adornan como *grafitti* los blancos muros de una vivienda cuya puerta parece la del horno mismo al infierno.

En una madrugada de Bogotá, Bastienne Schmidt, el sueño todavía adormilado en su cuerpo, revivió la atmósfera del padre muerto, más bien, del padre en el proceso de morir. Sentada en un patio cubierto, los rayos del sol que atravesaban el techo de vidrio le hicieron recordar su casa. De pronto escuchó esta música: el *Réquiem* de Mozart, la música de su padre, el *Réquiem* de la muerte de su padre. Para llegar a la recámara de su padre había que atravesar el *hall*. Bastienne podía oírlo toser. Tosía con la música de Mozart. En ese momento supo que era demasiado tarde, que su padre iba a morir. Nacer para luego morir.

Entonces comprendió la soledad esencial de su padre, su admiración por filósofos como Kierkegaard. Sabía que iba a morir solo, la palabra *muerte* jamás se pronunció. Lo que los acercaba era lo que no decían: su amor del que no hablaban como si se tratara de un misterio más allá de ellos mismos.

Si Bastienne y su padre no pudieron comunicarse a través del lenguaje (ahí estaba sí, pero ninguno lo formulaba) lo han hecho ahora a través de otras muertes. “Cada vez que escucho el *Réquiem* ahora, lo siento como una señal enviada por mi padre. Mis lágrimas son instantáneas, pero también son una especie de descanso espiritual que me ha acompañado en muchos viajes.”

En Bogotá también, Bastienne observa a una mujer que vende flores, sólo su cabeza asoma entre las hojas verdes, lee la primera plana de otras hojas, las de *Espacio*, un periódico de sexo y crimen, Eros y Tánatos. Esta combinación vende muy bien. “*Cinco personas fueron asesinadas* dice el encabezado, la fotografía que toma Bastienne tiene un toque surrea-

lista, cinco cuerpos cubiertos por sábanas blancas aparecen tiradas en la acera en el periódico leído por una vendedora de flores, cuya cabeza está literalmente rodeada de pétalos de colores.”

En la funeraria de la calle 33 A, Bastienne Schmidt asiste a tres sepelios, el primero, el de una muchachita de diecisiete años muerta de leucemia. Setenta personas, la mayor parte de ellas jóvenes en uniformes de escuela, acompañan a la difuntita. Algunas lloran, otras platican entre sí y la fotógrafa se pregunta qué está haciendo allí observando el dolor de los demás, cámara en ristre. En otra capilla, los deudos velan a una



Bastienne Schmidt, *Vivir la muerte*, Pátzcuaro, México, 1992

anciana. Qué bueno que sea un viejo el que murió, piensa Bastienne. Los nietos vestidos de domingo acaban por aburrirse y juegan en torno al féretro. En otra capilla, Bastienne sólo se encuentra un cuerpo sin un solo acompañante. “Ése debe ser el miedo más grande —reflexiona Bastienne— el miedo que todos tenemos a morir solos.” Una mujer entra a la pieza y le pregunta si ella es pariente del muerto y la fotógrafa sólo hace una pequeña señal con la cabeza.

Tiene razón Bastienne. Es ya pariente de todos los difuntos, familiar de todas las muertes, prima hermana de todos los que fallecen en el lodo en las vecindades más pobres de



Bogotá, de México, de La Habana, de Perú, de Brasil en esos cementerios en los que no hay monumentos ni esculturas, sólo unas cruces, unos montículos de tierra, unos muros en los que se encajan las criptas como en un panal de abejas negras. Cuando hay suerte, o dinero, una placa con el nombre del difunto lo recuerda.

En los cementerios de los pobres, son frecuentes las exhumaciones porque hay que sacar a unos para meter a otros. Por falta de espacio. Después de tres años (lo que toma a un cuerpo descomponerse, creo), a los muertos pobres los sacan de su féretro, los familiares recogen las cenizas o los mandan con todo y huesos a la fosa común. Ser testigo de exhumación es una tarea grave e importante. Los pozos hondos llamados fosas comunes son obra de Goya y de Bosch; los humores, las exhalaciones de la tierra se mezclan a los trajes negros, las corbatas de circunstancias de los notarios de la muerte. La gente espera en torno a ellos, sus rostros cubiertos por pañuelos sin poder despegar morbosamente la vista de los pozos. Los familiares con sus rostros cubiertos son los últimos testigos de la vida, de la misera y de la muerte. Son morbosos y sin embargo, de vez en cuando, tiran flores al agujero, este mismo agujero cavado por manos humanas y relleno por cuerpos humanos que ya ni siquiera están vestidos sino cosidos como pedazos de tela barata, una visión apocalíptica de la humanidad.

“Todos los lunes en la tarde viene al cementerio un niño que inhala cemento a rendirle homenaje a su madre muerta y aventada a la fosa común”, cuenta Bastienne. “Se detiene en el borde del pozo y allí saca su frasco e inhala. La fosa co-

mún ejerce sobre él una fascinación mórbida. Parece un ángel de la muerte.”

No sólo en las funerarias de la calle 33 A encuentra Bastienne material para sus fotografías; también ve la preparación de un cuerpo que llega a la morgue envuelto dentro de una bolsa de plástico. Juan, un hombre dulce y callado lo saca de su bolsa con unos cuantos movimientos rápidos y precisos. El cuerpo encima de la plancha aún parece estar vivo, la piel tan suave y blanca le recuerda el cuerpo de su padre cuando los cinco hermanos lo alzaron para que tomara su último baño. La cara muestra todos los efectos de la vida, mientras que el cuerpo retiene una inocencia de niño.

Bastienne platica con Juan, que si le gusta su trabajo, que si le pagan bien, que por qué diablos tiene esa chamba. Juan responde que él no aprendió en escuela alguna de Guatemala sino a través de su propia experiencia y no, no le molesta hacer este trabajo, en realidad es como cualquier otro. La paga no es mucha pero los propios pensamientos entretienen. Juan es rápido, puede dejar listos tres o más cadáveres en menos de un día. Juan corta una vena en la parte alta de la pierna (cortar la piel es una violación, un sacrilegio) y la conecta a un tubo de plástico, lo llena de sangre y lentamente el rostro cambia de color y vuelve a la vida. Sin embargo, después de que Juan le pone los pantalones como a un niño, el muerto es de nuevo un objeto inanimado. Juan entonces cubre su rostro con una gruesa capa de maquillaje cremoso con el que se ve tan muerto como al principio.

Bastienne Schmidt recoge hasta el más mínimo detalle, la más pequeña costura, retrata hasta los tapones de algodón introducidos en la nariz del muerto. En cierta forma, su rescate de la muerte es despiadado pero es también un instrumento de su propia salvación. Al familiarizarse con ella, la exonera de su espíritu; al entrar en contacto con la muerte más pobre, demuestra —como los mexicanos lo hemos demostrado— un gran amor y un gran respeto a los antepasados. Celebra la continuidad de la vida, la relación sagrada con la tierra, la de los lazos de sangre de la familia, la del *Árbol de la vida*, que en realidad es la del *Árbol de la muerte*, la solidaridad comunitaria.

En el amanecer del nuevo mundo, en la era de la cibernética y de los satélites artificiales, Bastienne Schmidt, cuyo nombre significa bastión, parapeto, protección, resguarda creencias milenarias. Es la que conserva, la que mete sus dos manos fuertes en la tierra negra, la que limpia la sangre, la que envuelve la carne para que no se desbarate, la que cose, la que zurce, la que cubre con bálsamo el cuerpo que ya ha entregado el alma. Pesada con todas las almas que ha visto morir, Bastienne Schmidt, libre ya de su envoltura humana, vuela su gran vuelo negro y nocturno y nos entrega fragmentos de su redención a través de la muerte, instantáneas estelares de los muertos que quieren que nosotros sepamos de su paso sobre la tierra, de que su vida, su verdadera vida de mentiras, su mentirosa vida de verdades, no fue en vano y dejó una huella impercedera. ◆